

giosa Sta. Lutgarda negó á esta bienaventurada la Comuni6n frecuente; pero el Se6or permiti6 que en el mismo momento fuese acometida de una grave enfermedad que ces6 en cuanto retir6 el precepto (1). Tengamos en cuenta que Jesucristo muestra mucho celo por los que le reciben á menudo, y siente en extremo que despu6s se entibien 6stos mismos en el fervor; por esto se refiere de Ammona, var6n muy santo, que, celebrando una vez Misa, vi6 á un 6ngel que estaba á la parte derecha del altar apuntando los nombres de los que acudían á comulgar; pero que borraba los de aqu6llos que tenían costumbre de llegarse todos los días y que aquella ma6ana no se habían acercado (2).

¡Vida de nuestras almas, dulce Jesús Sacramentado! Nos quejamos de nuestras miserias, de nuestra flaqueza, de la agonía lenta que consume nuestra espiritual existencia; pero ciertamente nos quejamos porque no acudimos á Vos, fuente de vida, en el Sacramento. Reconocemos nuestra cobardía, y os pedimos fuerzas para sacudirla, firme voluntad para comulgaros con frecuencia, al objeto de recibir las gracias suficientes para amarnos cual conviene en este desierto, ya que la Comuni6n diaria es el medio más conveniente y oportuno para que el cristiano de todos los tiempos obtenga su último fin.

EJEMPLO

Eran dos estudiantes, muy devotos, que estaban conferenciando cierto día sobre el horrible trance de la muerte; luego concertaron entre sí que el que de los dos muriera primero, si Dios lo permitía, daría cuenta de su estado al que sobreviviera. Á poco tiempo falleció uno de los dos amigos, quien, á los diecisiete días de difunto, se apareció al compañero, el cual le preguntó sobre su actual estado.—Por la misericordia de Dios, respondió el fallecido, estoy en estado de salvaci6n y gozo de los bienes eternos del cielo.—Á lo cual repuso aqu6l:—Dime, hermano, ¿en qué agradaste más á Dios cuando vivías en la tierra?—y 6ste a6adi6:—En frecuentar los Sacramentos y procurar cuando comulgaba ir con mucha devoci6n y limpio de toda culpa.—Al tiempo que yo expiré (terminó diciendo) murieron también cinco mil personas de las cuales sólo se salvaron tres y el que habla contigo.

(1) Surio, tom. 3, á 6.

(2) Paladio, Hist. de los S.S. Padres, cap. 72.

XII

Sobre los pretextos para dejar de comulgar con frecuencia.

Rogo te habe me excusatum.
Te ruego me tengas por exceptuado.
LUC. XIV, 19.

1. «Bienaventurados los que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero (1).» He aquí las bellas frases del amado evangelista con que nos significa elocuentemente el inenarrable gozo que se experimenta en las eternas bodas del paraíso; frases que, convertidas al místico sentido, denotan con evidencia la felicidad incomparable de los cristianos invitados á la Mesa eucarística. Pero, ¡qué desgracia! á pesar del gozo y de la dicha inefables que adquiere el pueblo católico; á pesar de los invaluables bienes que obtienen los hijos de Dios con participar del Banquete sagrado, hay, no obstante, muchísimos cristianos que se excusan de asistir á él. *Et cœperunt simul omnes excusare* (2). El mismo Redentor, sentido sin duda de menosprecios tales, pone de realce, mediante una hermosa parábola, como todas las suyas, los pretextos que dieron los invitados á la Cena eucarística. Un rico se6or, dice, prepar6 una gran cena y convid6 á muchos amigos, á quienes envi6 emisarios para que tuvieran conocimiento del día y de la hora en que se había de ce-

(1) Apoc. XIX, 9.

(2) Luc. XIV, 18.

lebrar el regio convite; pero á medida que éstos anunciaban á aquéllos el deseo del Padre de familias comenzaron todos á pretextar frívolas causas. Quién decía que había comprado una hermosa granja y tenía prisa por verla; quién alegaba haber ajustado cinco yuntas de crasos bueyes y deseaba probarlas; quién, finalmente, añadía haber tomado aquella mañana estado y no podía asistir. Los mensajeros dieron exacta cuenta al Padre de familias quien, fuertemente irritado, ordenó inmediatamente á sus criados saliesen á los caminos y á las plazas, y forzasen á entrar en el banquete á los pobres y á los lisiados, á los cojos y á toda suerte de infelices, asegurando que los que se excusaron de asistir al rico banquete jamás probarían de él.

2. Y qué, ¿no es acaso esta parábola un bello símil de lo que sucede en el orden de los Sacramentos, al invitar Jesucristo á los hombres para que coman de su celestial Convite? El divino Salvador, en efecto, ha enviado ministros evangélicos para convidar á sus amigos á la Cena eucarística; pero, ¿cuántos á causa de sus bienes temporales, ó por meros caprichos, ó por puras bagatelas, ó por necias opiniones, ó por continua desidia ó malicia refinada dejan de asistir á las bodas eucarísticas, ocupando, en castigo, su lugar otros seres, quizá más desdichados que ellos en el tiempo, pero á quien el opulento Señor de la gloria ha congregado para que disfruten con Él en el banquete, dejando á los demás puertas afuera y respondiéndoles cuando le han llamado: No os conozco? Teman estas funestísimas consecuencias todos aquellos católicos que alegan pretextos para dejar de comulgar con frecuencia, porque Jesucristo Señor Nuestro es muy celoso, y abandona generalmente á los que le son ingratos.

Con objeto, pues, de pulverizar todo género de achaques que presentan los que no aman de veras á Jesucristo, distribuiré el presente discurso en tres partes, ocupándome en las dos primeras acerca de los *Pretextos que toman por base los bienes temporales y los espirituales, y estudiando en la tercera algunos necios pretextos.*

§. I.

3. —He comprado una granja y necesito ir á verla.— Así responden poco más ó menos centenares de católicos á los avisos del sacerdote cuando les habla de la Comunión frecuente.—Mis negocios, dicen, mis intereses, mis cuidados temporales son en tanto número que no me dejan tiempo para comulgar á menudo.—Por desgracia, en nuestros días espanta la sed de oro; esta sed es un cáncer tan general que corroe á casi todos los hombres; la codicia es un centinela armado que está en todas partes; en nada sagrado se mira, en ninguna cosa ilícita repara; tanto el comerciante como el industrial y el agricultor no pretenden más que amontonar géneros, y sobre los géneros el dinero, idolillo vano ante el que se postran y agasajan; si á esto se añade que las autoridades llamadas á imponer orden no se oponen á que se trafique y trabaje en domingos y días festivos, ¿qué comerciante, qué industrial, qué labrador podrá dedicar un rato á la oración, al examen y confesión de sus culpas, á la Comunión, á la Santa Misa, al cumplimiento exacto de sus deberes religiosos?

Mas sus pretextos son irrazonables; los preceptos de Dios deben anteponerse á las exigencias, ó á los caprichos humanos; y caprichos y exigencias humanos son acaudalar neciamente para que en día no lejano se disipen los tesoros de entre las manos. En el duro trance de la muerte se verá que la codicia no es más que una farsa solemnísima. Oigan, lo que en esta materia decía el dulcísimo S. Francisco de Sales: «Los que tratan negocios de la tierra deben comulgar á menudo porque tienen necesidad, y los que trabajan mucho y están cargados de penas deben comer viandas sólidas y frecuentes.»

4. —Mis ocupaciones son tantas—dicen otros—que no me permiten comulgar con frecuencia.—Si debiéramos dar oídos á esta pretendida excusa, ni yo, que soy ministro de Dios, aunque indigno, comulgaría no sólo todos los días y semanas, sino rara vez. Pero distingamos. Las ocupacio-

nes tienen su origen en las obligaciones ó en los caprichos; éstos deben abandonarse siempre por aquéllas, y entre éstas hay asimismo distinción, porque unos deberes son primero que los demás. En primer lugar han de satisfacerse en todo tiempo y en todos conceptos las obligaciones negativas que hemos contraído para con Dios, abandonando para después las gravísimas que versan acerca de nosotros mismos y de nuestros prójimos. Siguen en lugar segundo las positivas para con Dios, dejando para luego las del mismo grado que versan sobre nosotros y sobre nuestros hermanos. Cuando existan trabajos provenientes de los deberes del orden natural, divino ó humano, podrá dejarse por ellos la frecuencia de la santa Comunión; pero si os fijáis bien, notaréis que casi todos los que se escudan con sus precisas ocupaciones para dejar de comulgar á menudo, no tienen en realidad obligaciones semejantes, á no ser las que, hijas del capricho ó del vicio, ellos mismos se han creado. Lo contrario no puede afirmarse, porque sería querer desviar el curso ordinario y suavísimo de la Providencia divina.

Además, ¿creéis que los primitivos cristianos no tenían precisos trabajos? ¿creéis que estaban mano sobre mano, entreteniéndose en el *dolce far niente*? ¿ignoráis por ventura que trabajaban á conciencia, mucho mejor que la mayor parte de los cristianos de nuestros tiempos? Leed la sucinta historia de los primeros fieles (1), y os convenceréis que, á pesar de trabajar corporal é intelectualmente, con asiduidad y paciencia, gozaban de tiempo suficiente para comulgar todos los días. Lo que me han de confesar quienes alegan semejantes infundados pretextos es que no existe en ellos el espíritu de sacrificio, el espíritu de religión que animaba á nuestros padres en la fe. Esos mismos señores que alegan no tener tiempo para recibir á Jesucristo y aun para santificar los festivos días, cuando son invitados á la boda de un amigo, al baile, al juego, á la caza, cuando pretenden viajar por gusto ó entretenerse en mil

(1) Véase en nuestro tomo III, cap. I.

fruslerías ¿por qué no aplican entonces su *graciosa* teoría, y dejan de ir por sus ocupaciones á aquellos lugares?

§. II.

Existe, asimismo, un sinnúmero de cristianos que se sirven hasta del aprovechamiento espiritual para dejar de comulgar con la plausible frecuencia, siendo por esta causa mucho más dignos de compasión que los anteriores.

5. Dicen algunos:—Yo no comulgo á menudo porque no me creo digno.—Y si este pretexto tuviera una pequeña dosis de probabilidad, ninguno de los hombres debiera comulgar jamás, porque en realidad nadie, ni aun los mismos ángeles, son dignos de participar del Sacramento. Mas es lo cierto que Jesucristo, aun cuando sabe infinitamente que somos indignos de recibirle, quiere, exige y aun nos impele mediante la terrible censura de su indignación perpetua, á que participemos con frecuencia de su Cuerpo y Sangre, á fin de que llevemos en nuestro ser su Vida divina: luego el mencionado pretexto está destituido de todo fundamento. Afirma S. Ambrosio que el que no merece comulgar cada día tampoco merece comulgar una vez al año. La razón es sencilla, porque para recibir debidamente el Sacramento, la misma preparación necesita quien comulga todos los días que el que lo efectúa anualmente; y como todos los cristianos estamos estrechamente obligados á comulgar al menos una vez en el año, y por esta sola vez cualquier católico se conceptúa digno de la Comunión, luego también debe conceptuarse digno de participar con frecuencia de la misma. Casiano enseña que es más humilde el que recibe con frecuencia á Jesucristo que el que comulga raras veces, porque aquél se considera más enfermo y necesitado, y por este motivo acude más veces á Jesucristo Sacramentado en busca de socorro.

6. —Yo no comulgo á menudo porque tengo muchas faltas é imperfecciones.—Esta es la frase con que se escudan, ante los ministros del Señor, muchos relajados ó tibios cristianos. Mas precisamente, por eso mismo, porque tienen mu-

chas faltas y muchos defectos deben comulgar con la frecuencia posible. Porque, en efecto, ¿para qué nos acercamos á la sagrada Mesa? Será porque somos santos ó porque buscamos serlo? Seguramente que es por lo segundo, me diréis, y decís verdad. El hombre, ciertamente busca la fuente porque tiene sed, llama al médico porque se ve enfermo, apetece la comida porque está hambriento, ¿por ventura desea todas estas cosas porque se encuentra sano, porque no tiene necesidad de nada? Al contrario, lo apetece porque no las posee. Decir que no se busca al doctor porque se está muy enfermo, es un enorme contrasentido, y no otra cosa sucede á los que se excusan de comulgar con frecuencia, porque se consideran con muchas faltas é imperfecciones. El cristiano debe comulgar á menudo, no porque es santo, sino porque tiene precisión de serlo; si lo fuera en toda la extensión de la palabra, ni le sería indispensable participar del Bien eterno, ni Jesucristo Señor Nuestro se lo ordenaría; mas porque no es santo, porque incurre en muchas debilidades, porque es negligente en el servicio de Dios, debe comulgar con frecuencia á fin de ser mejor, más bueno y más perfecto.

¶ Hay otros católicos que pretextan experimentar varias tentaciones, que batallan fuertemente contra sus enemigos exteriores é interiores, que notan tener repetidas dudas en sus obras ordinarias, y no se atreven por ello á comulgar á menudo. Pero, ¿acaso han olvidado todos estos señores que la Hostia divina rechaza como por encanto las diabólicas sugerencias, reprime el carnal estímulo y aclara las perplejidades? ¿ignoran que el Señor desea se lleguen á Él los pobres de entendimiento (1), y los cargados, y los oprimidos (2)? Gravísimas tentaciones padecía Sta. Catalina de Bolonia en el momento mismo de la Comunión, mas el Señor la dijo un día:—Hija, mayor mérito logra el alma que, sufriendo y resistiendo esos combates, me recibe, que si me recibiera con mucha quietud, suavidad y dulzura.—

(1) Prov. IV, 4, 5.

(2) Math. XI, 28.

8. Otra clase de católicos objeta que comulgaría á menudo, si en el divino acto sintiera devoción. Pero respondamos por partes. «¿Qué entendéis por devoción, pregunta S. Alfonso de Liguorio? Si entendéis el fervor sensible, responde el mismo santo, este fervor no es necesario; basta que tengáis fervor de voluntad, es decir, voluntad resuelta de hacer todo aquello que conozcáis que es del agrado de Dios. Ésta es la verdadera devoción y el fervor que Dios pretende de vosotros. Y aunque no sintáis este fervor de voluntad, sin embargo debéis comulgar para obtenerlo por medio del Sacramento. El que come raramente, come, á la verdad, con más apetito pero con menos provecho (1).» Los que alegan semejantes pretextos necesitan tener en cuenta que si no poseen devoción la deben procurar, pues les es necesaria no sólo para comulgar, sino para llevar una vida mortificada; y si ciertamente se encuentran distraídos, la oración es la fragua divina donde se caldea el espíritu humano en el amor de Dios; con alguna oración mental adquirirán la devoción necesaria. Repetidas veces el Señor quita los consuelos antes y en el momento de la Comunión y deja al alma con gran sequedad, por dos razones: ó para humillarla, ó para buscar en ella el amor que no la profesa.

9. Cristianos hay que no comulgan á menudo porque dicen que no están en gracia de Dios. Es evidente que ningún ser humano puede saber con certeza absoluta si es digno de amor ó de odio; y si por esta sola razón debiéramos arreglar nuestra conducta, ó no comulgaríamos jamás, ó nos arrojaríamos temerariamente á participar del Cuerpo del Señor sin preparación alguna, ó quizá la desesperación visitase nuestro espíritu. Mas la verdad es también que podemos saber con certeza moral, con esa certeza real, aunque temerosa, porque procede de una buena conciencia, que estamos en gracia de Dios, si guardamos sus preceptos y ponemos en práctica nuestros deberes respectivos. Por manera que, no arguyendo la conciencia de falta ninguna grave,

(1) Monja santa, cap. 18.